

## CLXII.

No bien los miembros el sopor le afloja  
 Cuando el sueño sobre él se precipita;  
 Mas no del gobernalle le despoja  
 Ni de su asida posición le quita,  
 Antes al mar con el timon le arroja  
 Y á un parte de la popa: llama, grita  
 Cayendo el triste; nadie oyó su acento;  
 Y el Dios aleteando huye en el viento.

## CLXIII.

Segura, empero, prosiguió la flota  
 Del favor de Neptuno protegida.  
 Mas hé aquí ya se acerca en su derrota  
 A la roca, otro tiempo tan temida,  
 De las Sirenas, que la mar azota,  
 De albos huesos de náufragos guarida;  
 Y léjos con monótonos bramidos  
 Resuenan los escollos combatidos.

## CLXIV.

Notó Enéas entónces que á la armada  
 Falta el piloto y perecer podria;  
 Y con mano acudiendo acelerada  
 La noche toda él mismo el timon guia;  
 Y entónces exclamó con voz ahogada:  
 «¡Pobre amigo! ¡fiaste en demasia  
 De cielo bonancible y mar serena;  
 Yacerás insepulto en triste arena!»

## LIBRO SEXTO.

## I.

Así hablaba y lloraba juntamente.  
 Ya, riendas dando, por el mar navegan,  
 Y á las costas de Cúmas (cuya gente  
 De Eubea vino) sin tardanza llegan.  
 Tornan proas al mar: con tenaz diente  
 La ancla fija el bajel, y á tierra apegan  
 Las corvas popas, que en la orilla alzadas  
 La bordan de colores variadas.

## II.

Ledos embisten en hesperia tierra:  
 Quién hiere el pedernal, que en sus entrañas  
 De la llama los gérmenes encierra;  
 Quién penetra las ásperas montañas  
 Y leños corta, ó por su seno yerra,  
 Intrincada guarida de alimañas,  
 Y vuelve, y dando de placer señales  
 Enseña los hallados manantiales.

## III.

Mas Enéas piadoso á las alturas  
 En que Apolo descuella, se encamina,  
 Y las cuevas recónditas, oscuras,  
 Busca de la terrífica adivina  
 Que, inflamada del Dios, cosas futuras  
 En estro rebosando vaticina:  
 ¿Veisle? entrando con otros va derecho  
 Ora el bosque aternal, ya el áureo techo.

## IV.

Dédalo de comarcas sanguinosas  
 Huyendo, es fama, y del furor de Mínos,  
 Fiar se osó con alas vagarosas  
 A los reinos del aura cristalinos:  
 A la region helada de las Osas  
 Su vuelo por insólitos caminos  
 Tendió, y moviendo las nadantes plumas,  
 Fué en el alcázar á parar de Cúmas.

## V.

Por vez primera allí devuelto al suelo,  
 Grato, Apolo, al favor, logró ofrecerte  
 Sanas las alas que bogó en su vuelo  
 Y un templo dedicarte hermoso y fuerte.  
 En las puertas, de Andrógeo el fin, el duelo  
 Grabó de los Ceocrópidas, que á muerte  
 Siete hijos tributaban cada un año;  
 La urna ciega allí está do sale el daño.

## VI.

En frente, en medio al mar, se representa  
 Creta: allí lo cruel de sus amores,  
 Del toro esclava, Pasifae ostenta;  
 Monumento de estúpidos furores  
 Allí el biforme Minotauro asienta  
 La planta; con sus vueltas, sus errores,  
 Incierto entorno el laberinto gira,  
 Y á la amante princesa horror inspira.

## VII.

Cediendo de la triste á la porfía,  
 Allí Dédalo mismo de Teseo  
 El paso indocto con el hilo guia:  
 Ícaro, y tú tambien lograras, creo,  
 Insigne asiento en la áurea galería;  
 Mas de padre el dolor ganó al deseo  
 Del artífice audaz, que, el brazo alzando.  
 Caer dos veces le dejó, llorando.

## VIII.

Enéas con su gente asaz tuviera  
 En cada cuadro la mirada fija,  
 Si, enviado adelante, no volviera  
 Turbando Acátes su atencion prolija:  
 Con Acates, graciosa compañera,  
 Deífobe llegó, de Glauco hija,  
 Intérprete de Apolo y de Diana;  
 Que vuelta al Rey de la nacion troyana,

## IX.

«No es sazón de admirar primores tales,»  
 Le dice: «importa que inmolar decidas  
 De grey vacuna siete recentales  
 Y á par siete ovejuelas escogidas.»  
 Esto dijo: Troyanos principales  
 Van á cumplir las órdenes oídas;  
 Y mostrándoles sigue ella el camino  
 Al elevado templo Sibilino.

## X.

Hay en la roca eubea un lado hendido,  
 Antro de cien entradas y cien puertas  
 Que cien voces arrojan con rüido,  
 De la oculta Deidad respuestas ciertas.  
 Cuando llegaban al umbral temido,  
 «¡Tiempo es que el ruego á consultar conviertas  
 Tus hados, huésped!» la doncella exclama;  
 Hé aquí el Dios, hé aquí el Dios! mi mente inflama.»

## XI.

Esto la vírgen pronunció en la entrada  
 De la inmensa caverna: en ese instante  
 Tartamudea, la color mudada,  
 Crespo el cabello, atónito el semblante:  
 Enfurecida, aérea, agigantada,  
 Hínchale el Dios el seno jadeante,  
 Y ya llena del númen soberano,  
 Vibró puro su acento aún más que humano:

## XII.

«¡Eneas! ¿no será que al Númen santo  
 Con tus votos y súplicas regales?  
 No han de abrirse á tus pasos entretanto  
 Del pavoroso templo los umbrales.»  
 Calló: los Teucros con glacial espanto  
 Oyeron resonar palabras tales,  
 Y postrándose el Rey, con hondo acento  
 Oro así en religioso arrobamiento:

## XIII.

«Febo, que de infortunios y pesares  
 De los hijos de Troya te apiadas;  
 Tú que al cuerpo del de Éaco, de Páris  
 Las flechas dirigiste enherboladas:  
 Salvo, merced es tuya, hendí anchos mares  
 Que á ceñir van regiones apartadas;  
 Yo he cruzado las costas africanas;  
 Yo las hórridas sirtes vi cercanas.

## XIV.

»Hoy piso en fin el límite italiano,  
 Tierra de promisión que ántes huía;  
 ¡Así ei signo maléfico troyano  
 Haya hasta aquí llegado en su porfía!  
 Y ¡oh cuantos con furor visteis insano  
 Crecer la gloria de mi patria un día!  
 ¡Dioses todos y diosas! sin enojos  
 Volved ya en fin á Troya vuestros ojos!

## XV.

»Y ¡oh tú que en siglos ves aún no llegados,  
Santa sacerdotisa! (yo no pido  
Imperio no ofrecido por mis hados)  
Da á mis Teucros gozar reposo y nido  
Con los Dioses de Troya fatigados;  
Y á Hécate y á Apolo, agradecido,  
De mármol fundaré templo y altares  
Y fiestas en su honor apolinales.

## XVI.

»Tú en mi reino tambien ilustre asiento  
Tendrás, y tus sagradas predicciones  
Guardando con solemne acatamiento,  
Tu culto servirán dignos varones.  
Mas oye: á la merced irán del viento  
Tus palabras si en hojas las dispones;  
Canta tú misma lo que cierto veas.»  
Aquí dió fin á su oracion Enéas.

## XVII.

En tanto la Sibila aún se subleva  
Por sacudir el númen que la oprime,  
Y feroz se revuelve en la ancha cueva:  
Fogoso corazon, labio que gime  
El Dios le doma, que sobre ellos lleva  
Hasta grabarla, inspiracion sublime;  
Y dan su voz en ecos las cien puertas  
Todas á un tiempo sin esfuerzo abiertas,

## XVIII.

Diciendo: «¡Oh tú hasta ahora libertado  
De los riesgos del riélago marino,  
Hoy de riesgos de tierra amenazado!  
Vendrá tu gente al reino de Lavino  
(No temas, no, que lo revoque el hado);  
Mas tiempo habrá que lllore porque vino;  
Guerras, ásperas guerras estoy viendo;  
Miro al Tibre ondear, de sangre horrendo.

## XIX.

»Otro Janto, otro Símois, y otra hogaño  
Campaña cual la griega rigurosa  
Verás, que el Lacio cria ya en tu daño  
Otro Aquíles feroz hijo de Diosa;  
Ni faltará á tu gente en suelo extraño  
De Juno el odio que jamas reposa;  
Y en tanto, ¿qué ciudades, ni qué playas  
Habrá, infeliz, donde á rogar no vayas?

## XX.

»Y otra vez bodas en foráneo suelo  
Llorarán los Troyanos; y esa esposa  
¡Cuánto traerá de afan! ¡cuánto de duelo!  
¡A ti y á tus vasallos cuán costosa!  
Tú, hasta do el hado sufra, insta en tu anhelo,  
Y lograrás, mudanza milagrosa,  
Que ántes que no otra, á próspero destino  
Una griega ciudad te abra camino.»

## XXI.

Tal desde su antro la Sibila fiera,  
 Con voz que infunde admiracion y espanto,  
 Hechos desvuelve, edades acelera,  
 Y en sombras la verdad brilla en su canto;  
 Tal de su labio el ímpetu modera  
 El Dios que el corazon le aguija en tanto;  
 Mas serenada al fin su ira espumante,  
 A hablarle torna el héroe suplicante:

## XXII.

«Aun no me has anunciado ¡oh vírgen! nada  
 Ó nuevo ó imprevisto de mi vida.  
 Mas oye: si hay aquí al Averno entrada,  
 Si aquí está la laguna tan temida,  
 Con sobras de Aqueronte sustentada,  
 Concede que un favor solo te pida:  
 Mi padre anhelo ver; guia mi planta,  
 Y dignate de abrir la puerta santa.

## XXIII.

»¡Mi padre! Yo de en medio al enemigo  
 Entre llamas y dardos libertélo;  
 Yo le puse en mis hombros, y él conmigo  
 Fué dándome doquier fuerza y consue!o:  
 El fué en mis viajes mi mejor amigo;  
 El los rigores de la mar y el cielo  
 Con generosas muestras de osadía,  
 Milagrosa en su edad, llevar solia.

## XXIV.

»Y él, él me persuadió que reverente  
 Llegase, y suplicante, á tus umbrales:  
 ¡Oh! del padre y del hijo juntamente  
 Te apiaden los trabajos inmortales;  
 Que tú eres, vírgen santa, omnipotente,  
 Y de los negros bosques infernales  
 La pavorosa Hécate no en vano  
 El cetro aterrador puso en tu mano.

## XXV.

»La prenda de su amor el tracio Orfeo,  
 Luégo que hondo el Erebo la devora,  
 A salvar acertó, felice empleo  
 Haciendo de su cítara sonora:  
 Pólux, merced de enérgico deseo,  
 Librar logró al hermano á quien adora,  
 Y partiendo con él su sér divino  
 Pasa y repasa el lóbrego camino.

## XXVI.

»Callaré de Teseo; del tremendo  
 Alcides callo y su potente maza:  
 ¡Yo, yo tambien de Júpiter descendio!»  
 Pronuncia el héroe, y al altar se abraza.  
 Otra vez la adivina respondiendole,  
 «Troyano hijo de Anquíses, de la raza  
 De los supernos Dioses procedente,  
 Oyéme,» dice, «y grábalo en tu mente:

## XXVII.

»Fácil es del Averno la bajada;  
De día y noche á la region oscura  
Patente está la pavorosa entrada;  
Mas volver y elevarse al aura pura,  
Esa es la parte trabajosa, osada:  
Muy pocos á quien Jove con ternura  
Vió, ó que ardiente virtud al Cielo eleva,  
Vencieron, raza de héroes, la ardua prueba.

## XXVIII.

»Cubren selvas espesas y sombrías  
El centro del Averno; á la redonda  
Carcomiendo el Cocito ciegas vias  
Con su torpe caudal callado ronda.  
Mas si forzar el Tártaro porfías  
Y dos veces cruzar la estigia onda,  
Si en esto gozas que á otros acobarda,  
Cómo has de comenzar escucha y guarda.

## XXIX.

»En medio de estas selvas donde moro,  
Oculto un ramo está que el tallo tierno  
Tiene, y las hojas trémulas, de oro,  
Consagrado á la Juno del Infierno:  
Cierra en su seno el fúlgido tesoro  
Hojoso un árbol entre el bosque eterno,  
Y de valles en torno guarnecido,  
La amiga lobreguez le hurta al sentido.

## XXX.

»Y nadie ya la subterránea ruta  
Pudo emprender á do el amor te llama,  
Si ántes no desgajó la rica fruta:  
La hermosa Proserpina esa áurea rama  
Apropiada á su gloria la reputa,  
Y es el obsequio que entre todos ama:  
Segado el tallo, el gérmen no perece;  
Retoña, y la áurea yema amarillece.

## XXXI.

»Vé, y de alto en torno el árbol investiga  
Con atenta mirada, y avistado,  
Allá tiende la mano; que si amiga  
La suerte rie, con sensible agrado  
Al punto hará que el vástago te siga;  
Pero si adusto te rechaza el hado,  
No habrá fuerte segur ni ahincado empeño  
Que el ramo aparte del materno leño.

## XXXII.

»Mas ¡ah! miéntas al sacro umbral se inclina  
Tu oído, atento al deseado indulto,  
Un cadáver tus tropas contamina;  
Fué tu amigo y le ignoras insepulto:  
A honrarle ovejas negras vé y destina;  
Su cuerpo vé á librar de odioso insulto;  
Y así, en fin, á estas lóbregas moradas  
Bajarás, no á vivientes franqueadas.»

## XXXIII.

Cesó, y quedóse la adivina muda.  
La medrosa caverna el héroe deja;  
Mirando al suelo va, y acerba duda  
Le roe el corazón. Con él se aleja  
Acátés, fiel amigo: igual la aguda  
Pena que á Enéas, al andar le aqueja:  
¿Quién será, cada cual finge y cavila,  
El que muerto nos canta la Sibila?

## XXXIV.

Hablando, pues, del mal que les espera,  
De dolor y ansiedad el pecho lleno,  
Alá tirado en la árida ribera  
Cadáver infeliz ven á Misenó:  
Misenó, hijo de Eolo, á quien diera  
Natura el arte de excitar al bueno  
A los combates, y el guerrero bando  
Llenar de fuego, su clarín tocando.

## XXXV.

Él, cuando Troya, acompañado había  
Á Héctor: los campos él, de Héctor al lado,  
Con su trompa y su lanza recorría  
En la lanza y la trompa ejercitado;  
Después, cuando de la alma luz del día  
Héctor fué por Aquiles despojado,  
De Enéas al mandar el fiel guerrero  
(Partido no inferior) puso su acero.

## XXXVI.

Mas ahora que insensato en la ribera  
Retaba al són de cóncava bocina  
Al númen que á emularle se atreviera,  
Envidiando Titón su arte divina  
(Si no miente la fama vocinglera)  
Ahogóle en la espumosa onda marina.  
Cercándole los suyos danle en tanto,  
Enéas sobre todo, amargo llanto.

## XXXVII.

Y llorando, el sagrado mandamiento  
A cumplir van, y fúnebres altares  
Con árboles á alzar al firmamento:  
Van á una antigua selva, hondos hogares  
De fieras: al herir de hachas violento,  
Los fresnos y los pinos seculares  
Vacilan, los hendibles robles gimen,  
Y los olmos rodando el bosque oprimen.

## XXXVIII.

A los suyos el héroe, apercebido  
De iguales armas, guía en la faena  
Con la voz y el ejemplo, y con gemido  
Dice, el gran bosque al ver que en torno suena:  
«Ya el presagio cruel está cumplido  
En tí, amigo infeliz, ¡oh cruda pena!  
¡Así á mis ojos se mostrase ahora  
El árbol que áureos frutos atesora!»

## XXAIX.

Así exhala plegarias y querellas,  
 Cuando á su vista, sobre el manso viento,  
 Llegan iguales dos palomas bellas  
 Abatiendo el süave movimiento  
 A posarse en el césped verde. En ellas  
 Mira Enéas atónito y atento  
 Las mensajeras de su madre, y clama  
 Con el acento del que espera y ama:

## XL.

«Oh aves misteriosas! si camino  
 Abre el hado, marcadle con el vuelo;  
 Id al ramo que en torno peregrino  
 Con rica sombra ampara el fértil suelo!  
 Y tú en esta sazón, felice tino  
 Concede, ¡oh madre! y el favor que anhelo.»  
 Calla; y qué auguren al picar la hierba,  
 O á dó tiendan las aves, fijo observa.

## XLI.

Hasta do el ojo va, la copia alada  
 Sigue el volar, sigue el volar rastrero;  
 Mas asomando á la hedionda entrada  
 De Averno, se alza en ímpetu ligero:  
 Buscan las dos la copa deseada,  
 Y á un tiempo ocupan el feliz madero,  
 Do entre pardos verdores amarillo  
 El ramo desigual muestra su brillo.

## XLII.

Como en bosques que invierno heló, enverdece  
 El visco, y con la prole de que abunda,  
 No hija del árbol á que asido crece,  
 El tronco protector blondo circunda;  
 Tal la ráfaga de oro resplandece;  
 Tal, herida del aura vagabunda,  
 Treme y cruje la lámina divina  
 En medio allá de la copuda encina.

## XLIII.

Del ramo inerte el Rey ase impaciente  
 Y vuela á la mansion de la adivina.  
 Sigue entretanto la llorosa gente  
 Tristes honras haciendo en la marina  
 A la insensible víctima presente:  
 De maderas copiosas en resina,  
 Y duros troncos de que rajadas llevan,  
 Ingente pira desde luégo elevan.

## XLIV.

Y de mustias guirnaldas guarnecida  
 Y de rectos cipreses custodiada,  
 De adorno sobreponénle en seguida  
 El limpio arnes y la desnuda espada.  
 En calderas de bronce recogida  
 Llegan agua á la lumbre aderezada,  
 Y ántes de que las llamas lo consuman,  
 El cuerpo helado lavan y perfuman.

## XLV.

Unos, en medio del comun gemido,  
Le extienden sobre el fúnebre tablado,  
De su lujosa púrpura ceñido;  
Otros (¡penoso ministerio!) á un lado  
Vuelto el rostro, por rito establecido,  
Pegan la antorcha al féretro enlutado:  
Viandas, incienso, aceite rebosante,  
Todo el fuego lo envuelve en un instante.

## XLVI.

Cuando en pavesas descansó la llama,  
Corineo balsámica ambrosía  
En las reliquias cálidas derrama,  
Y á una urna de metal los huesos fia:  
De noble olivo consagrada rama  
Blandiendo leve, á los demas rocía  
Con lustral aspersion que hace tres veces;  
Llora, y pronuncia las finales preces.

## XLVII.

El Rey, de gratitud y piedad lleno,  
Manda erigir soberbia sepultura;  
Y, «Al túmulo fijar,» les dice, «ordenó  
Su clarín y su remo y su armadura.»  
Se hizo al pié de un peñon, que de Miseno  
Recibió el nombre que inmortal le dura.  
Enéas á cumplir vuela, tras eso,  
El sagrado mandato en su alma impreso.

## XLVIII.

Hay en aquel confin una honda sima,  
Vasta caverna de escabrosa roca:  
Negro bosque, que en torno se arracima,  
Guarda, y medroso lago, la gran boca.  
No impune el ave que revuele encima  
El torpe aire con sus alas toca  
Que en columna de fétidos vapores  
Sale á infestar los cercos superiores.

## XLIX.

Trajo allí el Rey de la troyana gente  
Cuatro negros novillos, á quien riega  
Con vino la Sibila la alta frente;  
Entre las astas elegido siega  
Vellon cerdoso, que á la llama ardiente,  
Dón primerizo y breve pasto, entrega;  
Y á Hécate á grandes voces llama, Dios  
En Cielo y en Averno poderosa.

## L.

Quién apresta al degüello la cuchilla;  
Quién vasos llena en sangre que chorrea:  
Enéas mismo con su espada humilla  
Lúcia cordera cuya piel negrea,  
Porque la Noche, de furial cuadrilla  
Madre, y su hermana al par, fácil le sea;  
Inmolando despues estéril vaca,  
Tu númen, Proserpina, honra y aplaca.

## LI.

Nocturnas aras en seguida eleva  
 Al Rey estigio: enteras á la llama  
 De los novillos las entrañas lleva,  
 Y encima óleo abundante les derrama.  
 Y hé aquí, ántes de rayar aurora nueva,  
 Treme la tierra, su hondo seno brama,  
 Oscilan selvas y vecinos cerros,  
 Y en la sombra ulular se oyen los perros.

## LII.

Ya llega la Deidad. Con voz sonora  
 Grita la profetisa: «Huid, profanos!  
 Desamparad la selva; y solo ahora  
 Vén tú conmigo, oh Rey de los Troyanos!  
 ¡Vén, desnuda la espada vencedora,  
 Rodeado de alientos sobrehumanos!»  
 Dijo y hundióse: á su furente guía  
 Enéas con pié intrépido seguía.

## LIII.

¡Oh los que de las almas inmortales  
 Teneis, Dioses, el cetro y monarquía!  
 ¡Cáos! ¡Flegeton! ¡Tinieblas sepulcrales!  
 ¡Lugares de silencio y noche umbría!  
 ¡Concededme salvar vuestros umbrales,  
 Y que al orbe revele la voz mía  
 Lo que vi, lo que oí, cuanto misterio  
 Guarda vuestro hondo, funeral imperio!

## LIV.

Opacos bajo noche alta y desierta,  
 Cruzando iban, los dos, reinos vacíos  
 Que allende yacen de la odiosa puerta:  
 Tal en bosques callados y sombríos  
 Al viajero señala senda incierta  
 Maligna luna con sus rayos fríos,  
 Cuando atristan el Cielo alas nublosas  
 Y hosca el color la noche hurta á las cosas.

## LV.

Ante el mismo vestibulo, manida  
 Hicieron las Congojas vengadoras,  
 Las Dolencias de faz descolorida,  
 Y tú, arada Vejez con ellas moras:  
 Dolor, Terror, Necesidad raída,  
 Hambre, que induce á criminales horas:  
 Todos ellos, terríficas figuras,  
 Guardan las fauces del Averno oscuras.

## LVI.

Y el Trabajo, y la Muerte, y compañero  
 El Sueño de la Muerte, su impía hermana,  
 Vense, avanzando hácia el umbral frontero,  
 Y malos Goces de la mente humana:  
 De las Furias los tálamos de acero  
 Allá están, Guerra atroz, Discordia insana:  
 Esta (¡qué horror!) con sanguinosas hebras  
 Crina en torno su frente de culebras.

## LVII.

Lleno de años, con sombras halagüeño,  
 Convida un olmo en la mitad; y es fama  
 Que acude en derredor del firme leño  
 Aéreo enjambre que el silencio ama:  
 Subsiste asido un mentiroso ensueño  
 En cada hoja fugaz de cada rama;  
 Y en torno hórridas fieras, monstruos viles  
 Tienen cabe las puertas sus cubiles.

## LVIII.

Centauros hay allí; silbante y fiera  
 Hidra; Scilas biformes que el mar cria;  
 Briareo, el de cien brazos; la Quimera  
 Que de llamas armada desafía;  
 Con sus hermanas Górgona guerrera,  
 Con sus iguales pestilente Arpía,  
 Con tres cabezas Gerión gigante:  
 ¿Quién habrá que los mire y no se espante?

## LIX.

Sintió Enéas pavor: el fuerte acero  
 Esgrime osado, y con su punta amaga  
 Al escuadron de monstruos, que severo  
 Llega delante ó revolando vaga:  
 Que sombras son sin cuerpo verdadero  
 Prudente á tiempo le advirtió la maga;  
 Él, á no detener la voz su brío  
 Hiriera ciego el ámbito vacío.

## LX.

Parte de allí para Aqueron camino:  
 Vasto abismo que en lecho hondo de cieno  
 Hierve, y en el Cocito de continuo  
 El arena descarga de su seno.  
 Guardian del territorio convecino,  
 El mustio río y márgen inameno  
 El barquero Caron adusto cuida  
 Con ceño horrible y faz descolorida.

## LXI.

El cual sucia caer al pecho deja  
 La blanca barba; es fuego su mirada;  
 Cuélgale de los hombros rota y vieja  
 Con un nudo su túnica enlazada;  
 Con tardas velas y un varal maneja  
 El ferrugíneo barco en que traslada  
 Los muertos: es su edad, si bien anciana,  
 Vejez propia de un Dios, recia y lozana.

## LXII.

Allí, nube de imágenes ligera,  
 Cuantos dejan del suelo las mansiones  
 Vuelan sobre la fúnebre ribera:  
 Austeras madres; nobles campeones;  
 Vírgenes que en su dulce primavera  
 Segadas fueron; cándidos garzones  
 A quienes ya cabe la alzada pira  
 Lloró el padre infeliz que arder les mira.

## LXIII.

Tantos van los espíritus y tales  
 Como las hojas que en la selva, al hielo  
 De los últimos días otoñales  
 Ruedan precipitadas por el suelo;  
 O cual, climas buscando más geniales,  
 A través de la mar en largo vuelo,  
 Del tiránico invierno desterradas,  
 Huir vemos las aves en bandadas.

## LXIV.

Y hé aquí la turba que llegó primera  
 Pasar quiere, ántes que otros, lago allende;  
 Con vivo amor de la ulterior ribera  
 Esfuerza ruegos y las palmas tiende.  
 Caron, de tanta multitud que espera,  
 Ya á éste toma, ya á aquél; á nadie atiende;  
 Mas á muchos también, ¡desventurados!  
 Léjos rechaza de los tristes vados.

## LXV.

Viendo el tropel, «¡Oh vírgen veneranda!»  
 Dice asombrado Enéas; «¿á qué llegan  
 A este río las almas? ¿Qué demanda  
 Esa gran multitud? ¿Por qué navegan  
 Ledos los unos hácia la otra banda,  
 Y éstos, exclusivos, en dolor se anegan?  
 ¿Qué los distingue? di.» Y así de prisa  
 Respondió la senil sacerdotisa.

## LXVI.

«Hijo de Anquíses, semidios troyano!  
 El lago Estigio y lóbrego Cocito  
 Mirando estás, por quien jurar en vano  
 Temen los Dioses como gran delito  
 A éstos no honró, al morir, piadosa mano,  
 Turba doliente en número infinito:  
 Ese es Caron; trasporta á opuestos lados  
 Los que fueron en muerte sepultados.

## LXVII.

»Ni el linde ingrato y aguas murmurantes  
 Logran salvar las ánimas que vagan  
 Desprovistas de honores, sin que ántes  
 Enterrados en paz sus huesos yagan;  
 O cien años arreo andando errantes  
 Sobre esta zona, su esperanza halagan;  
 Y al cabo de ellos admitidas, vuelan  
 A ver, en fin, los sitios por que ánhelan.»

## LXVIII.

Paróse con doliente fantasía  
 Enéas, y en la gente desechada  
 Ve á Leucáspis, ve á Oronte, antiguo guía  
 Del bajel licio en la troyana armada:  
 Con él salieron de Ilíon un día,  
 Y bogando á par de él, á su mirada  
 Los hundió en crespas ondas Austro impío  
 Que al nauta sacudió, volcó el navío.

## LXIX.

Hé aquí de entre éstos viene Palinuro,  
 Aquel que en la reciente travesía  
 Por el líbico golfo, al mar oscuro  
 Cayó, cuando en mirar se embebecía  
 Los altos astros de temor seguro.  
 Así que Enéas en la niebla umbría  
 Reconoció al llorado compañero,  
 Tornóse á condoler, y habló él primero.

## LXX.

«¿Cuál Dios,» le dice, «Palinuro amado,  
 Ahogándote con mano traicionera  
 Te vino á arrebatár de nuestro lado?  
 Faltóme en cuanto á ti, por vez primera,  
 Fiel ántes siempre Apolo á lo anunciado,  
 Prometiendo que salvo á la ribera  
 Deseada de Italia tocarías:  
 ¡Mal coronó las esperanzas mías!»

## LXXI.

La sombra respondió: «Ni fraudulento  
 Fué contigo el oráculo divino,  
 ¡Oh hijo de Anquíses! ni en el mar sediento  
 Númen odioso á sepultarme vino.  
 Yendo yo, en vela, á mi deber atento,  
 Casual golpe en la popa sobrevino,  
 Y en medio de las ondas, sin soltalle,  
 Caí con el fiado gobernalle.

## LXXII.

»Y juro por la negra mar, Rey mio,  
 Que, perdido el asiento, el timon roto,  
 Más que por mí cuidé que tu navío,  
 Privado de defensa y de piloto,  
 Mal pudiese del piélagó bravío  
 Los golpes contrastar. Violento Noto  
 Tres noches borrascosas de ardua brega  
 Me arrastró léjos sobre la onda ciega.

## LXXIII.

»Vi las costas de Italia al cuarto día,  
 Encumbrado por hórrida oleada:  
 Poco á poco nadaba, y salvo habria  
 Hollado, en fin, la playa deseada;  
 Mas, ¡triste! como á presa de valía  
 Me embiste horda feroz blandiendo espada  
 No bien de húmedas ropas agobiado  
 Trepaba, uñas hincando, agrio collado.

## LXXIV.

»Hoy, desecho del mar, en sus riberas  
 Vientos me azotan. Por la luz del cielo  
 Y las auras que áun gozas placenteras,  
 Por tu hijo amado, y por su ilustre abuelo,  
 Si á éste das honras que de aquél esperas,  
 Tu invicta mano de tan grande duelo  
 En el puerto de Velia me redima  
 Piadosa arena derramando encima.

LXXV.

»Ó ya, supuesto que, de Olimpo santo  
 Por favor especial, bajado hayas  
 A visitar los reinos del espanto  
 Y de tu madre encaminado vayas,  
 La diestra alarga, si merezco tanto,  
 Y arrástrame contigo á opuestas playas,  
 Porque al cabo, rendido de fatiga,  
 En muerte al ménos reposar consiga.»

LXXVI.

Y dijo la adivina: «¿Estás demente,  
 Oh sombra temeraria? ¿Por ventura  
 Querrás el lago Estigio, la corriente  
 Pasar de las Euménides oscura,  
 Tú que no ostentas divinal presente  
 Ni gozas en la tierra sepultura?  
 ¡Triste! no esperes á poder de ruegos  
 Los hados ablandar sordos y ciegos.

LXXVII.

»Mas escucha mi voz, y tus dolores  
 Consuela recordando anuncios tales:  
 Habrá de ancha region habitadores  
 Que, en fuerza de prodigios celestiales,  
 Tu sombra aplacarán, darán honores,  
 Te alzarán monumentos sepulcrales;  
 Y el sitio, Palinuro, que te guarde  
 Hará por siglos de tu nombre alarde.»

LXXVIII.

Al són de estas palabras, un momento  
 Mitigó Palinuro su agonía,  
 Y fué, revolviendo el pensamiento  
 Que un país de su nombre se gloria.  
 Ellos siguen en tanto á paso lento.  
 Caron su barca á la sazón movía,  
 Y de en medio del lago divisólos  
 La muda selva atravesando solos.

LXXIX.

Y en recia voz prorumpo: «Tú, quienquiera  
 Que armado invades mis dominios, tente,  
 Y qué quieres, di luégo, en mi ribera.  
 Aquí en horror profundo eternamente  
 Moran los Sueños y la Noche impera:  
 No admite el bote estigio alma viviente;  
 Ni de atinado, si exenté, me loo,  
 Ya á Alcides, ya á Teseo y Piritoo.

LXXX.

»En su abono, su origen sobrehumano  
 Mostraban, cierto, y generoso brío:  
 ¡Ah, y aquél ante el trono del tirano  
 Fué el guarda á encadenar del reino umbrío,  
 Y temblando arrastróle con su mano;  
 Y estotros en furioso desvarío  
 Por robar nuestra Reina, ¿quién tal osa?  
 El tálamo invadieron de la Diosal!»